

## NUESTRA SEÑORA DEL REFUGIO

Último tercio del siglo XII

Madera policromada. Tela

70 x 23 cm

Compostilla, Ponferrada, León

Nº Inv. 286

El tema de la Virgen con el Niño es uno de los preferidos en la escultura religiosa de todos los tiempos y junto al de los Calvarios el más representado en la escultura hispana, entre los siglos XII y XIV. El tipo más habitual en la iconografía románica mariana fue el de *Sede Sapientiae* o Trono de Sabiduría que responde a modelos tradicionales de influencia bizantina, en los que predomina la presencia de María como *Theotocos*, siempre en relación directa con la figura del Salvador, su Hijo, al que sostiene en brazos mostrándolo al mundo, sin mantener con Él una relación maternal. María se presenta así, como la mujer que hace posible el milagro de la Redención, y como tal aparece, con toda la dignidad, situada en un trono, hierática, frontal e intemporal. Habitualmente se emplea para esto una composición cerrada, de volúmenes geométricos reforzados por el empleo de la línea recta.

Paradigmática de esta iconografía resulta esta talla que representa a María entronizada. Su rostro de perfil ovalado es candoroso y dulce. Va tocada por un velo blanco que dibuja un zigzag en su caída y por una corona real, signo de su dignidad de reina y corredentora. Viste una túnica y un manto que todavía conservan la rica policromía original, en azul y rojo, enriquecidos con motivos de rombos y bordes adornados por una cinta dorada y negra que evocan, en cierta manera, la forma de delimitar los contornos en las miniaturas románicas. Con los brazos, que hoy no se conservan, sostendría al Niño, del que observamos su huella en el regazo de María. Como es habitual en este tipo de tallas, la parte posterior no está trabajada, ya que estas imágenes solían estar colocadas en un lugar preferente dentro de una hornacina sujeta a la pared, de modo que su parte posterior permanecía oculta.

En esta iconografía el escultor abandona la observación de la naturaleza, no necesita imitar el mundo de las cosas visibles, sino que se rige por fórmulas prefijadas de antemano, dictadas muchas veces por disposiciones eclesiásticas que marcan pautas ideales al servicio de lo sagrado. La

escultura tiene, entonces y sobre todo, una función didáctica, y para eso, se elimina todo aquello que no es esencial y se realiza lo que es fácil de comprender por unos fieles muchas veces analfabetos.

Estas pequeñas imágenes exentas fueron, generalmente, producto de talleres modestos de tipo popular que, a menudo, alejados de los grandes centros culturales se limitaban a repetir un número muy reducido de tipos iconográficos, que tuvieron mucha aceptación y larga pervivencia en el tiempo, por lo que resulta complicado establecer una relación estilística y cronológica con la escultura monumental, que sufrió una evolución más rápida y fructífera.

El lugar de Compostilla, del que procede esta Virgen era, según Padre Flórez, paso obligado para los peregrinos que procedentes de toda Europa necesitaban, al llegar a Ponferrada, cruzar los ríos Sil y Boenza, antes de que a finales del siglo XI, el Obispo Osmundo mandara construir el puente que le da nombre a la villa. Seguramente, la ermita que acogía a esta imagen era como una de las muchas que en esta época de peregrinaciones y peligros abundaban por el Bierzo y por todo el Camino de Santiago, y que, presididas por Nuestra Señora, servían a la vez de lugar de oración y de refugio. Hoy, el nombre de Compostilla lo lleva una central térmica y poca gente recuerda lo que fue en origen. Sin embargo, gracias a la labor de recuperación y conservación del Patrimonio a la que se dedicó durante muchos años la Comisión de Monumentos de Ourense, la imagen de la Virgen se conserva en este Museo desde comienzos del siglo XX.